

SAN BENITO, PADRE DE EUROPA Y SU MENSAJE UNIVERSAL⁴²

San Benito: su mensaje universal

¡Quince siglos de historia! ¡Períodos de inaudita expansión y tiempos sombríos de una desaparición casi total! El escudo de Montecasino ostenta un tronco de árbol de poderosas raíces y algunas ramas, con la siguiente divisa: “Cortado, reverdece”.

¿De qué manera reverdece hoy, en este final del siglo XX, el árbol de la vida monástica?

En primer lugar, por su extensión. San Benito es el patrono oficial de Europa. La Iglesia le ha dado ese título. Pero el mensaje de san Benito se extiende al mundo entero por medio de los monasterios benedictinos y cistercienses.

La crisis, ciertamente, no respetó a los monjes ni a las monjas. En 1964 había 20 mil monjes, y actualmente no son más que 16 mil, sin que se vislumbre un reclutamiento, ya que a pesar de que hay numerosas experiencias, la mayoría son efímeras. Sin embargo no debemos olvidar las admirables fundaciones de los trapenses americanos de 1944 a 1956, descritas por Thomas Merton, y desde 1951 asistimos a una germinación primaveral en África. El monaquismo de san Benito se encuentra en todas partes, hasta en Nueva Zelandia y en Australia. Cuenta con 120 monasterios en los Estados Unidos y 80 en África.

El programa trazado por san Benito ¿aporta hoy al viejo mundo, a Occidente y al mundo en desarrollo que se denomina Tercer Mundo la respuesta que ha brindado en el curso de las distintas épocas, no solamente, por medio de los monasterios que se inspiran en él sino por medio de un impacto útil?

Los 400 monasterios de monjes dispersos por tantos países y los de monjas, son evidentemente una respuesta vivida, el signo tangible de que el Espíritu de Dios está entre nosotros; son laboratorios experimentales que prueban la calidad y la eficacia contemporánea del programa trazado por Benito para los buscadores de Dios en el desierto de los bosques, de los montes, de los campos, de los valles, y en la actualidad, de las ciudades.

Podemos entonces pedir a esos buscadores los métodos para aprender a escuchar, ya que queda bien claro que no existe otra técnica para encontrar a Dios, más que la que Él mismo enseña en el corazón y por medio de los Libros Sagrados comprendidos y meditados con la ayuda de los grandes maestros de la historia.

Un benedictino de la Pierre-Qui-Vire, hablando de su vocación monástica, escribe en este año 1980 que el encuentro de los monjes y las monjas comprometidos a la escucha de san Benito fue, dice, “nuestra primera lectura de la Regla que decidió todo; vida en comunidad, relectura viviente y comunicación de vida...”. Una sabiduría de vida probada: quince siglos. La Regla hace vivir y con felicidad. Incluso encuentra ecos profundos en el hombre del siglo XX que termina. Vigor de un anclaje que asegura el vigor de un impulso hacia ese “más allá” que no cesa de proponer al monje, en esa asombrosa libertad cuyo aprendizaje -o cuya conquista- realizará el monje, no bien “escuche los preceptos del Maestro”.

Su programa consiste en tener simultáneamente al monje en su monasterio “cautivo, prisionero del Único”, y liberado, no con esa liberación por comparación con los demás hombres que tienen lo que

⁴² Extractado de *Missi*, N° 429, abril de 1980.

yo no tengo, y que tengo derecho a tener, a arrebatar y a tomar, sino con esa liberación vertical de la firmeza de corazón y de las certezas de la fe.

Pero este programa dirigido a los monjes, es decir siempre a ínfimas minorías, tiene su irradiación propia en las circunstancias actuales.

¿No es acaso una buena respuesta a los problemas que plantean actualmente a hombres y mujeres el trabajo, el stress, la inquietud?

Una respuesta al trabajo degradado

Ya que honrar el trabajo como la característica del monje constituye una fidelidad y una constante entre los monjes, cualquiera sea su tarea, la del iluminador delicado, la del sabio asiduo, el trabajo regular, metódico, perseverante, y muy especialmente el trabajo manual, encontramos en san Benito una contribución fantástica para aclarar innumerables problemas.

San Benito honra al trabajo por sí mismo, por su valor propio y no por su calificación o su remuneración. Responde a las preguntas de los que trabajan para ganarse la vida y de los que realizan trabajos manuales para distenderse y desarrollarse, los que buscan en él un arte de vivir con los demás, de realizarse o simplemente responder a esa necesidad incoercible de ocuparse en alguna tarea: restaurar ruinas, construir su casa, arreglarla, cultivar un jardín.

Para el monje, discípulo de san Benito, los útiles del jardín tienen tanto valor como los vasos sagrados. No hay jerarquía en este campo. Y esto está lleno de significado. Si establecemos una jerarquía entre las cosas, entre el oro de los vasos sagrados y el hierro de la pala, favorecemos una jerarquía de las personas que se funda en las cosas, respetamos más al que tiene oro que al que trabaja con el hierro.

El trabajo es necesario; y cuando se es pobre como quiere serlo el monje, es necesario trabajar. Pero el trabajo no lo es todo, no es más que un componente de la vida. Por lo tanto hay que trabajar para subsistir y para desarrollarse interiormente, y no para medirse según el dinero que se gana. La calidad del trabajo no está en la tarea ejecutada sino en el entusiasmo con que se realiza, que determina la calidad del servicio. Puede ser así -y ésta es la enseñanza permanente del monasterio- un medio para que cada uno devenga más humano, para realizar una fraternidad, para celebrar la obra de Dios que es el único que le da su sabor a todas las cosas.

Una respuesta al stress, a la violencia.

Se ha inventado una palabra para denominar las agresiones de orden físico, psíquico, el estado de tensión, de hiper vigilancia impuesta al organismo humano y que lo obligan a una auto defensa excesiva, sin permitirle recuperarse ni recuperar su equilibrio cuestionado incesantemente, destruido. Existe un estado enfermizo que dio origen a la palabra y que es competencia del médico, pero existe también el hecho constante, padecido sin que se perciba la causa: hay ruidos cuyos decibeles lastiman y existe el ruido permanente que provoca heridas imperceptibles en el momento pero cuyo conjunto desquicia y traumatiza.

La sensación más fuerte que se experimenta cuando se visita un monasterio o cuando se frecuenta a los monjes, es lo contrario del stress. Nos encontramos frente a seres humanos cuyo ritmo de vida es moderado, cuyo comportamiento es distendido, apacible e incluso lento en cierto sentido. No existe la precipitación, ni ese reloj que se mira de reojo, aunque un reloj sin piedad impone a los habitantes del monasterio horas bien precisas para cada tarea, pero del modo programado por san Benito: "Hecha la

señal, levántense sin tardanza y apresúrense a anticiparse unos a otros para la Obra de Dios, bien que con toda gravedad y modestia”. Estas palabras son de oro para nuestra época de stress.

Demás está agregar que todo monasterio -incluso los monasterios urbanos, incluso los de menor envergadura- es un puerto de paz. y que la palabra paz es la que mejor resume el aporte específico de los discípulos de san Benito. Esta palabra se lee sobre la puerta de entrada de Montecasino como la llave que abre el tesoro de los tesoros.

La vida monástica tiene un ritmo muy particular: el de las estaciones combinado con el del año litúrgico. Los dos, bien ajustados, se integran con el ritmo interior de cada uno. De vez en cuando conviene visitar un monasterio, así como ponemos en hora nuestro reloj.

Una respuesta a la desilusión, a la inquietud

El hecho de revalorizar el trabajo, y particularmente el trabajo manual, el hecho de ser una fuente inagotable de paz en un mundo de agitación, es una formidable contribución para sacar a nuestra época del atolladero. Pero a través de estos dos beneficios, se recibe un tercer aporte más importante para nuestra época, ya que los dos primeros son para todos los tiempos. Un mundo que se termina, el paso de una civilización a otra, cosa que todos percibimos, produce la desilusión. Esta palabra ha sido empleada frecuentemente en estos últimos años para caracterizar la vida política, pero también se la emplea para designar una especie de hastío, de falta de gusto de vivir; y esto, cuando se habla de alguien en particular se define con esa palabra brutal que nosotros endulzamos: se burla de todo.

A esta desilusión se suma, como para hacerla más pesada todavía, una vaga inquietud, cuyos motivos sólo se pueden precisar en términos apocalípticos que significan que no hay futuro; e incluso las personas se sienten “envenenadas” tanto en lo moral como en lo físico y se aferran a las fuentes de vida que les ofrece la naturaleza. El hombre urbano del siglo XX sueña con el campo, con la ecología, como si fuera el paraíso.

La vida natural del monasterio, constituye la reserva más inagotable de sobrevida y de energía equilibrada. Es en los monasterios del siglo **XX** donde debemos buscar la medida de cada uno de nuestros pasos. Porque son ciertamente oasis de paz, según la fórmula ya consagrada, pero sobre todo porque no tienen más deseo que amar a Dios, que es una certeza tan fuerte que se convierte en fiesta, “una fiesta de la Trinidad”, como dijo un monje. Al haber sido liberados por el Cielo, saben exactamente hasta qué punto son relativas las cosas y las situaciones, y con qué facilidad se dominan. No temen nada.

¡No tener miedo de nada! Justamente sobre este punto, la Regla de san Benito provee, simultáneamente al mundo antiguo hiper desarrollado y al mundo en desarrollo, de una respuesta y una perspectiva.

SAN BENITO: PADRE Y PATRONO DE EUROPA

San Benito no es san Bernardo. Este último no podía ignorar la influencia que tenía en la Europa de su tiempo. Nada semejante en san Benito. El era monje, padre de una institución monástica limitada cuyo futuro ignoraba, pero a la que le ofrecía un programa equilibrado de vida basado en su propia experiencia. No sabía que su Regla contenía en germen la regeneración de Europa y un mensaje universal.

Lo que hizo san Benito en los primeros tiempos, lo realizaron los monjes que siguen su Regla a lo largo de toda la historia, como él, por medio de su simple existencia, fuente permanente de paz.

Fueron fabricantes de paz. Son ellos los promotores de la *Tregua de Dios*, los campeones de la *Paz de Dios*, que son las tentativas más eficaces para atajar la violencia y moralizar la guerra en nombre del Cielo.

Es ejemplar la siguiente anécdota relatada por san Gregorio Magno: «Un Godo, llamado Zalla, en tiempos del rey Totila, había capturado a un campesino a quien torturaba con crueldad. Enloquecido por el dolor, el campesino declara que ha confiado sus bienes al servidor de Dios, Benito. Entonces Zalla le ata los brazos y se hace conducir al monasterio. Encuentra a Benito en la puerta de la casa, leyendo. El campesino dice: “Allí está”. Zalla se pone a vociferar; “¡Levántate, levántate! ¡Devuelve lo que te han entregado!”. Al oír este trueno, el varón de Dios levanta los ojos y ve a Zalla y luego al campesino. Su mirada se detiene en los brazos atados e inmediatamente las cuerdas se desatan. Zalla, estupefacto, salta del caballo y se arroja a los pies del varón de Dios. Benito no se levanta ni abandona la lectura. Llama a los hermanos y les ordena hacer entrar a Zalla y ofrecerle una beneficiosa refección. Luego lo exhorta a cesar sus crueldades. El terrible goda, subyugado, se retira domeñado».

Por un lado, el patriarca de los monjes, sentado delante del monasterio de muros tranquilos, calmo, apacible, absorto en la lectura; por otro lado, una naturaleza atormentada, el tumulto, la violencia, la tortura, la injusticia. Por su presencia y por su milagrosa irradiación. Benito devuelve, tanto al verdugo como al torturado, el más precioso tesoro de la tierra: la Paz del alma.

La segunda anécdota que recordamos aquí es también elocuente. Se trata de la decisión de san Benito de construir en Terracina un monasterio, el segundo luego del de Montecasino. Envía a un grupo de monjes con un abad a la cabeza y les promete ir personalmente a vigilar la construcción para que sea lo que debe ser. Benito no va, pero en un sueño bien preciso, muestra a los fundadores “dónde construir la iglesia, el refectorio de los hermanos, la hospedería y todos los lugares del convento. El varón de Dios no fue. Ellos le expresaron su decepción. Él les respondió: Durante el sueño les indiqué cada uno de los lugares donde deben edificar. Entonces se pusieron a construir cada parte de la casa según las instrucciones que habían recibido durante el sueño”.

La Regla de san Benito fija para siempre este tipo de instrucciones, ya que dice: “El monasterio, a ser posible, debe construirse de suerte que todo lo necesario, esto es, agua, molino, huerto y los diversos oficios se ejerzan dentro de su recinto, para que los monjes no tengan necesidad de andar por fuera, lo cual en modo alguno conviene a sus almas”. San Benito es el primero que exige al monje que se entregue a su monasterio por medio del voto de permanecer y morir allí. El monje y su monasterio son una sola cosa.

En un mundo a la deriva, dispersado por el temor, los monjes crearon, sin proponérselo, las condiciones y el modelo de vida que permitieron que los pueblos se rehicieran. El monasterio fue el origen de multitud de aldeas y de muchas ciudades en toda Europa.

Una tercera anécdota significativa, pone en escena a los monjes trabajando.

“Un día, relata Gregorio, los hermanos que trabajaban en la construcción deciden desenterrar una gran piedra para utilizarla. Tratan de moverla entre muchos pero sin resultado. Prevenido Benito, llega de prisa y bendice su trabajo; y la piedra es levantada con asombrosa facilidad. Otros hermanos trabajaban levantando una pared. Esta se derrumba y aplasta a un joven hermano. Todos quedan consternados por esta muerte. Benito interviene, y ora. Y he aquí que el muchacho, sano y salvo, animoso como antes, *vuelve con ardor al trabajo*”.

Es la ilustración de la Regla que dice: “En determinados tiempos deben los monjes ocuparse en el trabajo manual. Si las condiciones del lugar o la pobreza exigiesen que se ocupen en recolectar por sí mismos las mieses, no se contristen, pues entonces son verdaderamente monjes cuando viven del trabajo de sus manos, como nuestros Padres y los Apóstoles. A los débiles procúreseles ayudantes para que no hagan el trabajo con tristeza”.

Nos gusta celebrar la misión civilizadora de los monjes que llegan a punto para reconstruir Europa sobre las ruinas del imperio romano. Nos gusta alabar en san Benito su sentido del equilibrio, de la medida, del orden, su igualdad de alma y de carácter, cualidad altamente apreciada en la antigua Roma. En ese sentido, se puede decir que Benito fue “el último de los Romanos”.

Incluso los historiadores menos atentos al mundo espiritual, dijeron de las comunidades benedictinas que “su influencia en una Europa destrozada y agotada es inimaginable”. La institución monástica, en sus relaciones con la civilización occidental, consigue realizar una obra de educación, dirigida simultáneamente por jefes de gran estilo y por esos hogares anónimos de santidad y de cultura que éstos crearon a su alrededor.

Por lo tanto, si san Benito es el patrono de toda Europa esto se debe en primer lugar a la participación de los monjes en la transmisión de la herencia antigua y en la formación de la civilización medieval.

San Benito no había previsto nada semejante. Los monjes para los que escribe no son trabajadores del espíritu. Sin embargo, para leer con provecho, según el mandato de su Regla, es necesario poseer un mínimo de cultura. Hay que tener libros, y la posibilidad de comprarlos o transcribirlos. El “scriptorium” o taller de los copistas, es uno de los anexos indispensables del monasterio, tal como lo concibió san Benito.

Cada monasterio posee numerosos talleres necesarios para su existencia de pequeña ciudad autónoma. Si el monasterio se implanta en una región silvestre o abandonada, los monjes se hacen ayudar en los trabajos pesados. Hay que organizar aldeas para las poblaciones que se aglomeran alrededor del monasterio. Se necesitan iglesias. En medio de la confusión casi general, el monasterio es una roca, un islote.

No existe ninguna ciudad que no posea monasterios, ninguna población importante donde no se encuentren; muchos centros de población deben su origen a un monasterio. No se puede concebir la vida sin ellos.

Es por eso que san Benito, sin haber tenido directamente esta intención brinda a Occidente un aporte que ningún otro santo pudo brindar. No es un santo popular, pero una multitud de santos nacionales lo consideraron como su padre espiritual, su educador, el inspirador de su ideal, empezando evidentemente por los grandes benedictinos, apóstoles reconocidos de las naciones de Europa: Agustín, Bonifacio, Anscario, Wilibredo, Adalberto, para citar sólo los más notables y honrados, o los monjes de Cluny con su linaje de ilustres abades de decisiva influencia, o los labradores cistercienses y el incomparable san Bernardo, que apelan a la más estricta fidelidad a la Regla de san Benito.

* * *

Los mejores espíritus de la Antigüedad se resignaron a la esclavitud, considerando que los trabajos manuales, llamados justamente serviles, se oponían al desarrollo intelectual y cultural del hombre libre. La esclavitud se consideraba, por lo tanto, como el tributo obligado de una sociedad desarrollada. Para que unos tuvieran suficiente tiempo libre como para cultivarse, era necesario que otros trabajaran forzosamente y al menor precio posible.

Es así como, en el tiempo glorioso de Pericles, Atenas es una ciudad desarrollada, pero se pueden contar cinco esclavos por ciudadano. El imperio de los Antoninos también es desarrollado, pero al mismo precio.

San Benito y los monjes tuvieron el incomparable mérito de invertir esta tendencia. De allí nació una civilización nueva.

San Benito ve en el trabajo manual una ascesis liberadora, que a la vez rehabilita al esclavo como trabajador físico y rompe la dialéctica del dueño y del esclavo.

El trabajo de la tierra ocupa un lugar fundamental en la Regla de san Benito, que insiste particularmente en el cuidado con que deben ser tratadas las herramientas. Cierta relato hagiográfico muestra a un abad que a la tarde recorre los campos para recoger los útiles olvidados por los obreros. San Benito llega a decir que los útiles deben tratarse con el mismo respeto que los vasos sagrados.

El trabajo monástico está inspirado por la gratuidad. “Cuando el monje trabaje en el campo, que piense que se encuentra en la misma línea de su vocación”. Esta intuición de san Benito tiene un resultado inmenso; no solamente el hombre no tiene necesidad de esclavos para desarrollarse -como pensaban los filósofos antiguos- sino también el trabajo denominado servil es un instrumento de desarrollo personal, en el marco de una comunidad de servicios mutuos, donde cada uno debe encontrar su espacio y su tiempo.

“Por primera vez en la historia, una sociedad subdesarrollada consigue desarrollarse por sí misma, sobre todo gracias a sus propios esfuerzos” (R. S. López) La prosperidad medieval debe poco a las conquistas militares y nada a la esclavitud en sentido estricto, la cual sólo reaparecerá en el s. XVI. Esta prosperidad se presenta acompañada por un crecimiento del capital inmobiliario junto con una poderosa expansión demográfica: hacia el 1300, la población francesa es más o menos la misma que en 1750, pero su nivel de vida es dos veces más elevado, a juzgar por la cantidad de horas que necesita el obrero para comprar un quintal de trigo.

El espíritu que anima a los monjes trabajadores, se comunica de vecino en vecino. Resulta difícil imaginar hasta qué punto, en los primeros tiempos, su acción directa ha podido transformar no solamente las tierras ingratas en las que instalaban sus monasterios, sino también a todos los que entraban en relación con ellos.

La mayoría de los monjes eran trabajadores agrícolas que sabían leer un poco y apenas escribir. Sus contactos con los campesinos eran inmediatos y de todo momento, dentro del marco del deber de estado correctamente cumplido en los diversos puestos responsables. Una continua cadena unía a unos y otros, no sólo dentro del monasterio sino incluso con todos aquellos que pedían apoyo e iniciación al artesanado y al trabajo de la tierra.

En la época carolingia, que es crucial para el futuro de Europa, los monasterios benedictinos dividen en dos partes sus dominios. La parte cuya explotación directa se reservan, es por eso llamada la *reserva*; la parte cuya rentabilidad se confiaba a los colonos se denominaba el *dominio* La reserva era cultivada con beneficio directo bajo la dirección de los monjes, con la ayuda de los colonos. En los dominios se instalan familias de campesinos, con derecho hereditario, que viven allí a cambio de jornadas de trabajo en la reserva; en los dominios el cultivo es intensivo y los campesinos aprenden allí la libertad. La agricultura de entonces alimenta a los hombre y abre necesarias perspectivas a una economía que se despierta.

La combinación de la cultura intensiva y extensiva, con toda la gama intermedia según la densidad de la población y los dos modos de obtener beneficios, directos con la explotación en gran escala, indirectos con la cultura familiar, crea un mundo nuevo.

Ya los Visigodos habían introducido en una Europa despoblada, con innumerables tierras abandonadas (como sucede actualmente en América Latina), un nuevo derecho contrario al derecho romano: mientras que en el derecho romano clásico, la propiedad del suelo implica todo lo que se planta en ese suelo por quienquiera que sea, a cambio de indemnizar al usuario de buena fe, en el derecho visigodo sucede lo contrario: el sembrador de buena fe, adquiere por su labor la propiedad del suelo a cambio de indemnizar al propietario original. De este modo, el trabajador no pierde el fruto de su trabajo.

Aquel que está familiarizado con los actos de la práctica medieval, queda asombrado por la utilización constante del compromiso luego del primer enfrentamiento. Las dos partes, en efecto, están obligadas a transigir: son solidarias del mismo suelo sobre el que poseen derechos tan ciertos una como la otra. No son propietarios y proletarios que se oponen, sino co-propietarios que cuidan una administración común.

Con san Benito se da un paso más. Siguiendo su ejemplo se constituyó un régimen de propiedad inmobiliaria que se propagará en la Edad Media, cuyo desarrollo se opone a los desarrollos antiguos y modernos.

Observamos entonces las características externas del desarrollo: una vigorosa urbanización, una expansión de las actividades secundarias y terciarias; el prodigioso florecimiento de los monumentos públicos; sin olvidar el gusto por el agua ¡en tan fuerte contraste con la suciedad del período siguiente!

La prueba de esto es la prosperidad de los encargados de los baños públicos y de las lavanderas, que desaparecen en el s. XVI. El menor de los monasterios disponía incomparablemente de más agua corriente que el palacio de Versalles.

Este régimen de la propiedad, tan equilibrado, fue capaz de inspirar el ideal de santo Tomás de Aquino: la propiedad, gestora de bienes comunes, el interés personal al servicio del bien común. Al mismo tiempo, santo Tomás muestra las rigurosas consecuencias a las que este régimen conduce, no solamente de caridad, sino también de justicia. La razón por la cual hace vana para la Edad Media la interpretación marxista de la historia, es que el instrumento de producción, el suelo, en su porción susceptible de ser creada, mejorada o acrecentada por el trabajo, ha sido alienada por el propietario en beneficio del que la explota; y también que los frutos espontáneos de la tierra son siempre propiedad de la comunidad.

Los monjes de san Benito, gracias a la estricta y perseverante aplicación de su programa definido con estas tres palabras claves: paz, estabilidad y trabajo, edificaron, sin saberlo, toda Europa a lo largo de su camino durante cuatro siglos.

Antes que ellos, los monjes irlandeses ya habían trabajado mucho en Europa, pero su influencia desaparece con la aparición de un tipo de monjes más eficaces, más moderados, creadores de comunidades sólidamente organizadas en un mundo indisciplinado. La Regla de san Benito constituye la primera gran creación práctica que produjo el Occidente luego de la caída del Imperio romano. La Regla de san Benito pone punto final a la anarquía y a la improvisación de los tiempos bárbaros y brinda las grandes líneas de un plan concreto de sociedad que se revela fructífero al ser utilizado en todos los países donde se aplica.

EL DOBLE APORTE CISTERCIENSE

Agrónomos de Europa

Los cistercienses nacieron de la voluntad de vivir en su totalidad y literalmente la Regla de san Benito, especialmente en lo que se refiere a la obligación del trabajo manual que la Regla glorifica: “es verdaderamente monje aquel que vive del trabajo de sus manos”.

Pero surgen en plena expansión agrícola y demográfica. Los monjes que los precedieron, roturaron Europa y valorizaron todas las buenas tierras. Sólo les quedan a los cistercienses los suelos áridos, cubiertos de maleza, pantanosos, los lugares “llenos de bosques y horribles”. Habiendo llegado

últimos, no tienen más remedio, para no morir de hambre, que proceder como los campesinos más indigentes, tratando de procurarse con el sudor de su frente lo estrictamente necesario para sobrevivir.

En un increíble impulso espiritual, estos buscadores de soledad y de silencio, a fuerza de inteligencia, de ingenio y de organización supieron sacar partido de esas tierras que nadie quería. El programa cisterciense, que consiste en pura obediencia espiritual, alcanza un perfeccionamiento revolucionario de envergadura europea, en estrecha solidaridad con esa pequeña población que se fatiga.

Los cistercienses ponen a punto una especie de asociación genial. Deciden pedir ayuda a la mano de obra disponible de los campesinos de los alrededores, pero integrando a esos laicos en la comunidad, sin imponerles las mismas obligaciones. Fueron los conversos, como se los llamó, los encargados de valorizar los dominios. De 1119 a 1151, los Cistercienses legislan poco a poco a fin de armonizar el tipo de vida de los conversos y ubicarlos de la mejor manera posible. Uno de los monjes era el encargado de lo temporal: se lo llamaba el celerario. Alrededor del monasterio surgen explotaciones situadas a distancias calculadas exactamente, que reciben el nombre de “granjas”. Y esto a nivel europeo, ya que los cistercienses establecen una estructura jerárquica. Todos los años pasa un Visitador por todos los monasterios, examina las cuentas y cuida de que haya una buena administración. Todo esto repercute en la sociedad civil y contribuye a la madurez de la Europa rural. Gracias a la revalorización intensiva del sector agrícola, aparecen posibilidades que dan impulso a una vigorosa urbanización.

Pero precisamente en ese momento y en esas circunstancias, los cistercienses brindan a Europa un nuevo y precioso aporte.

El primer parlamento europeo

El Císter había fundado cuatro filiales. A su vez, éstas fundaron sus filiales que también tuvieron sus filiales, y así hasta los confines de la Europa medieval. Ninguna región es ajena a la presencia del Císter. En menos de un siglo, el Císter se convirtió en la capital de un imperio espiritual tal como nunca se había visto antes. Este sistema de filiación en cascada, por medio del cual todas las abadías están por encima y por debajo de otras abadías, tiene como consecuencia la creación del Capítulo general.

“El Capítulo general, escribe el jurista León Moulin, es una de las más grandes y fecundas instituciones políticas de los tiempos modernos, que Occidente le debe al Císter. El Capítulo es la prefiguración perfecta, por decirlo así, de nuestros parlamentos. Un siglo antes de la aparición de la Carta Magna inglesa, el Capítulo general del Císter se afirmó como el modelo de las asambleas representativas y deliberativas, en las que los elegidos por las autoridades locales, provistos de plenos poderes, deliberan todos los años sobre los problemas de la Orden según una muy precisa ley escrita contenida en la Carta de Caridad”

Cuando en el mes de septiembre, se reunía todos los años el Capítulo general, toda Europa se citaba en ese rincón bendito de Bourgogne. Los Papas y los soberanos enviaban cartas al Capítulo general, como si fuera la conciencia colectiva de Europa. Allí se escuchaba también la súplica de tal o cual monje converso que se dirigía a la asamblea soberana para pedir justicia. Todos los abades se encontraban allí. Los de Palestina o de Siria no tenían obligación de asistir más que cada siete años y los de Grecia y Noruega cada cinco años. La sala del Císter contenía a los trescientos abades que deliberaban, legislaban y no hablaban más que un solo idioma: el de la Carta de Caridad.

En ese mismo momento, Cluny reunía a todos los suyos. Monjes negros de Cluny, monjes blancos del Císter: ninguna asamblea podía comparárseles.

LOS BENEDICTINOS APÓSTOLES DE EUROPA MEDIEVAL: AGUSTÍN, BONIFACIO, WILIBRODO, ANSCARIO, ADALBERTO

A partir de su programa de paz, de estabilidad y de trabajo, los monjes brindan un impulso misionero específico.

Cuatro siglos, cuatro períodos de crecimiento de Europa, a medida que se va dando el establecimiento monástico, comenzando por el Papa Gregorio Magno.

1. El Benedictino italiano san Agustín, apóstol de Inglaterra

Es entonces, con el Papa Gregorio Magno, cuando comienza la aventura misionera monástica; en el año 596 envía a Inglaterra un pequeño grupo de benedictinos bajo la guía del italiano Agustín, prior del Monasterio de San Andrés de Coelius de Roma, donde el mismo Gregorio había sido monje. Son cuarenta que desembarcan en Gran Bretaña, donde se encuentran con los monjes irlandeses que ya han comenzado a trabajar. Ayudados por las admirables consignas de Gregorio y por los refuerzos que les envía, tienen un éxito total. El italiano Agustín se convierte en “el Obispo de Inglaterra”. Establece su sede episcopal en Cantorbery. Su segundo, Paulino, también romano, se instala en York. Tejen entonces una frágil tela de misiones y de iglesias, de donde surgió el cristianismo inglés. Algunas décadas más tarde, los benedictinos ingleses, con todo el entusiasmo de su reciente conversión, desembarcan en el continente para convertirse a su vez en misioneros.

2. El benedictino inglés san Bonifacio, apóstol de Alemania

En efecto, a fines del s. VII, la Iglesia de Inglaterra que Roma había formado, envía al continente monjes anglosajones bien instruidos y entrenados en su nueva fe. Su acción es estimulada y organizada por el hombre más dotado que tuvo la Iglesia desde la muerte de Gregorio Magno en 604. Se trata del monje inglés Winifrido de Wessex, más conocido con el nombre de Bonifacio, con el cual fue canonizado.

Habiendo salido de un claustro inglés en 716, a la edad de cuarenta años, Bonifacio comenzó su carrera de misionero en la costa europea del mar del Norte. Desde las riberas del Rin, se dispersan tropas enteras de benedictinos vestidos de negro y fundan monasterios como el de Fulda, creación personal de Bonifacio y que poco después de su fundación contó con millares de monjes: 4000, según se dice. El rey Carlos Martel, vencedor de Poitiers, ayudó poderosamente a Bonifacio; y el hijo de este rey, Pepino el Breve, lo llamó para reformar la Iglesia franca. Al ser nombrado obispo de Alemania, instala su sede en Maguncia en 745, pero continúa su marcha hacia adelante; en 753 es masacrado por los frisios paganos.

Debemos colocar en lugar aparte a uno de los compañeros ingleses de Bonifacio, procedente del mismo monasterio que él: es el monje Wilibrodo, que lo había precedido en el continente en el 690 y había fundado en 698 el monasterio de Echtenach, centro espiritual de Luxemburgo. A veces se ubica en primer lugar a Wilibrodo. Es considerado apóstol de Frisia.

Debemos señalar un hecho importante que se ha reproducido muchas veces pero que en esta circunstancia es ejemplar: una benedictina inglesa, Lioba, es llamada por san Bonifacio y enviada a Germania con un grupo de monjas. El monasterio de Bischofsheim que ella dirigió, se convirtió en Abadía Madre de numerosas filiales y tuvo un papel importante en la conversión y civilización de los germanos. Lioba, muy cultivada para su época, organizó su monasterio según la Regla benedictina pura, es decir que supo combinar el trabajo manual y el trabajo intelectual, la austeridad y la moderación, la piedad y la buena salud física y espiritual. San Bonifacio encontró en sus consejos el

consuelo y el ardor apostólico necesarios para sus trabajos misioneros. Lioba fue también amiga de Hildegardis, esposa de Carlomagno. Santa Lioba, falleció en 782 y fue enterrada en la iglesia abacial de Fulda, cerca de la tumba de san Bonifacio. Su culto está vivo todavía. Podemos saludar en ella y en sus compañeras a las primeras religiosas misioneras.

3. El benedictino sajón san Anscario, apóstol de los Nórdicos

Así como los primeros benedictinos ingleses se convirtieron en los misioneros de Germania, los primeros monjes germanos van a misionar a los países del Norte. El principal es un joven monje sajón, Anscario, formado desde su infancia en el monasterio de Corbie sobre el Somme. En 822, Corbie funda en Sajonia. Anscario, que tiene 21 años, forma parte del grupo que funda Corvey en la diócesis de Paderborn.

El emperador Luis el Piadoso ve en este joven monje a un misionero de increíble audacia y de una tenacidad superior a todos los obstáculos. Por eso Anscario es enviado a los daneses y luego al país de los suecos, lo cual era una empresa mucho más audaz todavía pues nunca hasta ese momento se había atrevido a entrar ningún misionero en esa región.

Anscario no se topa con dificultades de idioma, ya que en ese tiempo los idiomas escandinavos no se diferenciaban casi uno de otro y eran fáciles de aprender para un franco familiarizado con la lengua sajona. Pero Anscario encuentra una resistencia tenaz en estos vikingos.

Es nombrado primer Arzobispo de Hamburgo, cerca del teatro de su acción misionera. El papa Gregorio IV lo nombra su legado para los suecos, los daneses, los eslavos y los “demás pueblos que habitan esos países”.

Cuando murió en Brême, en 865, Anscario quizás creía que la semilla que habían echado él y sus monjes pronto se convertiría en un gran árbol. Se equivocaba. Todavía deberá pasar un siglo para que se produzca la verdadera conversión colectiva de Dinamarca, y dos siglos para la de Suecia.

Se lo ha comparado con san Bonifacio. Entre los rasgos comunes a estos dos grandes misioneros, se pueden señalar el amor a la vida monástica, la austeridad, una delicadeza de conciencia que llega hasta el escrúpulo, el celo y un completo desinterés.

4. - Los benedictinos de san Adalberto, apóstol de los eslavos occidentales

A medida que iban llegando los pueblos eslavos a Europa, los monjes bizantinos y los monjes francos se acercaban a ellos. Estos últimos tendrían un papel preponderante en el s. X, especialmente san Adalberto de Praga, Vojtech en checo. Pertenece a una poderosa familia de Bohemia y fue nombrado Obispo de Praga cuando todavía era muy joven. Su acción misionera comienza luego de fundar, junto con algunos monjes venidos de Roma, el monasterio benedictino de Brevnov, cerca de Praga.

San Adalberto renuncia al Obispado y parte con sus monjes a evangelizar los pueblos eslavos de Occidente. En 922 es masacrado por los bálticos de Prusia.

San Adalberto, cuya tumba se venera en Praga, es considerado apóstol de Hungría y en alguna medida de Polonia y los países bálticos, aunque más no sea por los monasterios que tuvieron un papel capital en la evangelización y la cristianización de estos países, hasta que en el s. XII fueron reemplazados por otras órdenes religiosas fundadas en esa época de la cristiandad, sin olvidar a aquellos otros hijos de san Benito, los cistercienses, los monjes labradores.